

MENTIROSA



La vi después de meses, como si el tiempo no hubiera pasado por ella. Se acercó con esa seguridad que siempre tuvo, esa forma de mirar que antes me desarmaba. Me dijo mi nombre como si aún le perteneciera, como si no hubiera dejado nada roto detrás.

Se sentó frente a mí sin pedir permiso. Empezó a hablar rápido, como si temiera que el silencio dijera lo que ella no quería escuchar. Me dijo que se equivocó, que no era lo que parecía, que todo fue un mal momento. Sus palabras sonaban perfectas. Y ese era exactamente el problema.

La escuché sin interrumpir. No porque creyera, sino porque ya sabía cómo terminaba esa historia. Había aprendido a reconocer cuando alguien habla para convencer... y cuando habla porque es verdad. Y ella, como siempre, sabía decir exactamente lo que uno quería oír.

Me miró distinto cuando notó que no reaccionaba. Bajó la voz, se acercó un poco más, como si la cercanía pudiera cambiar algo. Me preguntó si todavía sentía algo, si aún había espacio para empezar de nuevo. No respondió el silencio que dejé entre nosotros.

Entonces entendí que no había cambiado nada. No era arrepentimiento... era costumbre. No era amor... era necesidad. Y por primera vez, no me dolió. Solo confirmé lo que ya sabía: hay personas que no vuelven porque te extrañan, vuelven porque perdieron lo que tenían.

Cuando terminó de hablar, me quedé unos segundos mirándola. No por duda... por cierre. Tomé aire, me levanté despacio y le dije lo único que faltaba decir: “No gracias, mentirosa”. Y por primera vez, fui yo quien no miró atrás.